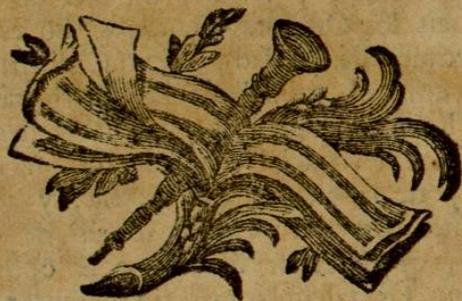
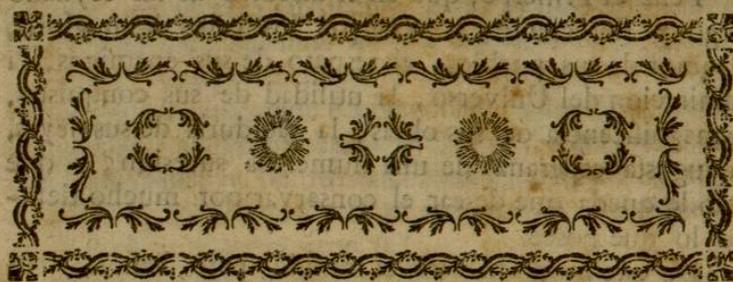


rencias Eclesiásticas; la Paraphrasis de algunos Psalmos; muchos discursos Sinodales; trabajado todo por nuestro Autor con igual espíritu y método, según las diferentes circunstancias en que se halló. Me ha parecido empezar por el Adviento, para de este modo continuar metódicamente siguiendo el año Eclesiástico. VALE.



SER-



SERMON
PARA LA FIESTA
DE TODOS LOS SANTOS.
SOBRE LA FELICIDAD
de los Justos.

Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.
Bienaventurados los que lloran, porque ellos
serán consolados. *Matth. 5. v. 5.*

SEÑOR.

SI como es Jesu-Christo quien habla con V. Magestad hablára el mundo, no usaria de este estilo. Feliz el Principe, os diria, que nunca peleó, sino para vencer; que nunca vió un gran número de Potencias coligadas contra sí, sino para concederlas una paz mas gloriosa; y que siempre fue mayor que el peligro, ó que la victoria.

Tomo I.

A

Fe-

2 861 SERMON PARA LA FIESTA

Feliz el Principe, que en el discurso de un reynado largo y floreciente, goza en paz los frutos de su gloria, el amor de sus pueblos, el respeto de sus enemigos, la admiracion del Universo, la utilidad de sus conquistas, la magnificencia de sus obras, la sabiduria de sus leyes, la augusta esperanza de una numerosa sucesion, y que solo le queda que desear el conservar por mucho tiempo lo que posee.

De este modo hablaria el mundo; pero, Señor, Jesu-Christo no habla de este modo.

Feliz, os dice, no el que es la admiracion de su siglo, sino el que principalmente se ocupa en el siglo venidero, y que vive despreciandose á sí mismo, y á todo lo presente; porque de este será el Reyno de los Cielos. *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est Regnum Caelorum. (a)*

Feliz, no aquel, cuya historia hará que eternamente viva su reynado y sus acciones en la memoria de los hombres, sino aquel cuyas lágrimas borrarán de la memoria del mismo Dios la historia de sus pecados, porque este será eternamente consolado. *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur. (b)*

Feliz, no aquel que con nuevas conquistas habrá extendido los límites de su Imperio, sino aquel que habrá sabido contener sus deseos y pasiones dentro de los terminos de la Ley de Dios; porque este poseerá una tierra mas durable que el Imperio del Universo. *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram. (c)*

Feliz, no aquel que exáltado por la voz de sus Pueblos sobre los Principes sus predecesores goza tranquilamente de su grandeza y de su gloria, sino aquel, que no hallando, aun en el Trono, cosa alguna que sea digna de su corazon, solo busca en la tierra la perfec-

(a) *Matth. 5. v. 5.* (b) *Ibid. v. 5.* (c) *Matth. 5. v. 4.*

DE TODOS LOS SANTOS. 3

ta felicidad, que consiste en la virtud y en la justicia; porque este se verá satisfecho. *Beati qui esuriunt, & sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur. (a)*

Feliz, no aquel á quien los hombres dieron los gloriosos títulos de grande é invencible, sino aquel á quien los pobres, en la presencia de Jesu-Christo, darán el título de Padre y de Misericordioso; porque este será tratado con misericordia. *Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur. (b)*

Feliz finalmente, no el que árbitro siempre de la fortuna de sus enemigos ha dado muchas veces la paz á la tierra, sino el que ha podido darsela á sí mismo, y desterrar de su corazon los vicios y afectos desarreglados, que turban la tranquilidad; porque este será llamado hijo de Dios. *Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur. (c)*

Estos son, Señor, á los que Jesu-Christo llama Bienaventurados; y el Evangelio no conoce mas felicidad en la tierra, que la inocencia y la virtud.

Oh gran Dios! no consiste la prosperidad del mayor de los Reyes en las incomparables felicidades con que habeis favorecido su reynado. Es verdad que por ellas es grande; pero no consiste en ellas su felicidad; ésta empezó por su piedad: lo que no santifica al hombre no le puede hacer dichoso. Quanto se halla en el corazon del hombre, no siendo vos, oh Dios mio, son falsos bienes que le dexan vacío, ó verdaderos males que le llenan de inquietud; y una conciencia pura es la única raíz de las verdaderas felicidades.

A esta verdad reduce hoy, Católicos, la Iglesia nuestra Madre todo el fruto de la solemnidad que nos propone. Como el mundo está en el error de que la vida de los Santos fue triste y desagradable, se vale

(a) *Ibid. v. 6.* (b) *Ibid. v. 7.* (c) *Ibid. v. 9.*

principalmente de este artificio para impedirnos que los imitemos; pero la Iglesia, renovando hoy su memoria, nos acuerda á un mismo tiempo, que no solo gozan de una felicidad inmortal en el Cielo, sino tambien que solo ellos fueron felices en la tierra. *Beati, &c.* Que el que encierra en su corazon la iniquidad, siempre está acompañado de la turbacion y del miedo; y que aun en este mundo es infinitamente mas suave y tranquila la suerte de los buenos, que la de los pecadores.

¿Pero en qué consiste la felicidad de los Justos en esta vida? Consiste en manifestar la verdad oculta á los Sabios del Mundo, y en gozar del deleyte de la caridad, el que está negado á los amadores del Mundo. Consiste en las luces de la fé, que suavizan todas las penas del alma fiel, y hacen mas amargas las del pecador. Este será el primer Punto. Y en las dulzuras de la gracia que calman todas las pasiones, y que negándose al corazon corrompido, le dexan entregado á sí mismo. Este será el segundo. Manifestaré estas dos verdades tan propias para hacer amable la virtud, y utiles los exemplos de los Santos. Pero antes de empezar imploremos los auxilios del Espiritu Santo, por medio de la intercesion de Maria. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

LA raíz de todos nuestros pesares regularmente consiste en nuestros errores; y solo somos infelices, dice un Santo Padre, (a) porque nos equivocamos en el juicio que hacemos de los bienes, y de los verdaderos males. *Causa laboris ignorantia est.* Los Justos que son hijos de la luz son mucho mas felices que los pecadores, porque están mas ilustrados. Las mismas luces que corrigen sus juicios, suavizan sus penas

(a) *Sanct. Ambros.*

nas; y la fé que les manifiesta el mundo como es en sí, les muda en motivo de consuelo los mismos sucesos en que las almas entregadas á sus pasiones hallan el principio de todas sus inquietudes.

Para daros á conocer, Católicos, esta verdad, de la que tanto honor resulta á la virtud, os suplico repareis en que yá sea que una alma movida de Dios se acuerde de lo pasado, y de aquellos tiempos de disolucion que precedieron á su penitencia; yá sea que considere lo que actualmente pasa en el Mundo á su vista; yá finalmente se ponga á pensar en lo futuro, todo la consuela; todo la confirma en el partido de la virtud que ha abrazado; todo hace que su estado sea infinitamente mas feliz, que el del alma que vive entregada al desorden, y que en estos tres estados solo halla amarguras y temores secretos.

Porque en primer lugar; por mas entregado que esté un pecador á todos los desordenes de su corazon, nunca le arrastran tanto los deleytes presentes, que alguna vez no vuelva la vista á aquel cúmulo de años llenos de iniquidad que se van quedando atrás. Aquellos dias de tinieblas, que consagró á la disolucion, no han perecido tan absolutamente, que no presenten en ciertos tiempos á su memoria ideas importunas, que le turban, que le fatigan, que de tiempo en tiempo le despiertan de su letargo, representandole como reunido en un punto el monstruoso cúmulo de delitos, los que no le horrorizaban tanto, quando los cometia, porque entonces solo los veía sucesivamente: se le representan de un golpe las gracias despreciadas, las inspiraciones resistidas, el indigno uso que ha hecho de un natural feliz, y formado, segun parece, para la virtud: representanse unas flaquezas de que se avergüenza, y unos horribles monstruos á quienes casi no se atreve á mirar.

Esto es lo que detrás de sí dexa el pecador; por lo que



que es infeliz si mira á lo pasado. Toda su felicidad parece está reducida á el momento presente; y para ser dichoso es necesario que no piense, sino que como los animales mudos se dexen llevar del atractivo de los objetos presentes, y que apague y ofusque su razon, si quiere vivir tranquilo. De aqui se siguen aquellas máximas tan indignas de la humanidad, y tan comunes en el mundo: que el demasiado talento es un dón molesto: que las reflexiones echan á perder los deleytes de la vida: y que para ser feliz se ha de pensar muy poco. ¡Oh hombre! ¿Te dió acaso el Cielo la razon que te ilustra para hacerte infeliz, ó para ayudarte á buscar la verdad, la que solamente puede hacerte dichoso? ¿Esta luz divina que adorna tu sér, puede por ventura ser antes castigo, que dón del Criador? ¿Te distinguirás tan gloriosamente con ella de las bestias, solo para ser de peor condicion que ellas?

Católicos, tal es el destino de una alma infiel: la embriaguez, el desorden, la extincion de todo discurso es solamente quien la hace feliz; y como esta situacion solo dura un instante, luego que calma y vuelve en sí el espíritu, cesa el deleyte, desaparece la felicidad, y se halla el hombre solo con su conciencia y sus delitos.

¡Pero, oh Dios mio, y qué distinta es la suerte de una alma que camina segun vuestras leyes! ¡Y qué digno es de compasion el mundo que no os conoce! A la verdad, Católicos, los pensamientos mas agradables de una alma justa son los que le acuerdan su vida pasada; es cierto que en ellos vé la parte de su vida, que entregó á el mundo y á sus pasiones: confieso que esta memoria la cubre de vergüenza en presencia de la santidad de su Dios, y la hace derramar lágrimas de compuncion y tristeza; ¡pero qué consuelos no halla en sus lágrimas y en su dolor!

Porque, Católicos, una alma que se ha vuelto á Dios, no puede acordarse de sus pasados desvíos, sin

des-

des-

descubrir en ellos la conducta que con ella usó la Divina Misericordia; los caminos singulares por donde su sabiduria la condujo, como por grados, á el instante feliz de su conversion; tantas circunstancias no esperadas, de favor, de desgracias, de pérdidas, de muerte, de perfidia, de preferencia, y de afliccion, gobernadas todas por una cuidadosa providencia para facilitarla los medios de romper sus cadenas; aquellos particulares cuidados que Dios usaba con ella, aun quando seguia los caminos injustos; aquellos disgustos que su bondad la hacia experimentar, aun en medio de los placeres; aquellas secretas instancias con que sin cesar la llamaba á su obligacion y á la virtud; la voz interior que en todas partes la seguia, y que no cesaba de decirla, como en otro tiempo á San Agustin: Insensato, ¿hasta cuándo has de andar buscando deleytes que no pueden hacerte dichoso? ¿Quando darás fin á tus inquietudes con tus delitos? ¿Necesitas por ventura mas para desengañarte del mundo, que las mismas molestias y desgracias que experimentas sirviendole? Haz la prueba de si es mayor bien el ser mio, y de si yo soy bastante para el alma que me posee.

Esto es lo que presenta la memoria de lo pasado á una alma compungida; mira á los cómplices de sus antiguos deleytes, entregados aún, por la justicia de Dios, á los desordenes del mundo y de las pasiones, y ella sola escogida, separada, y llamada al conocimiento de la verdad.

¡Oh, Católicos, y cómo llena de paz y de consuelo esta memoria á una alma fiel! En este estado exclama con el Profeta: ¡Oh, Dios mio, y qué infinitas son vuestras misericordias! Desde el seno de mi madre me acogisteis baxo vuestra proteccion: me habeis seguido muy de cerca en todos mis caminos. ¿Qué es lo que yo he hecho mas que otros pecadores, á quienes no os dignasteis abrir los ojos, ni manifestar la severidad de vuestros

tros

tros juicios y de vuestra justicia? ¡Oh, Dios mio! ¡Qué admirables son vuestras obras! ¡y cuán bien conoce mi alma lo que os debe, y lo que habeis hecho por ella! *Mirabilia opera tua, & anima mea cognoscit nimis.* (a) Esta es la primera felicidad de las almas justas: aun la memoria de sus pasadas infidelidades las consuela.

Pero en segundo lugar; si la memoria de lo pasado es para ellas un manantial de sólidos consuelos, no consuela menos su piedad lo que á su vista pasa en el mundo; y aqui vereis, Católicos, quan util es la virtud para la felicidad de la vida, y como el mismo Mundo, que forma á los pecadores todas sus pasiones, y por consiguiente todas sus inquietudes, es el ejercicio mas agradable, y que mas consuela la fé de los Justos.

A la verdad, fieles, ¿qué es el Mundo, aun para los mismos mundanos que le aman, que están embriagados con sus placeres, y que no pueden vivir sin él? El mundo es una eterna servidumbre, en donde ninguno vive para sí, y en donde para ser feliz es necesario besar sus cadenas, y amar su cautiverio. El mundo es una diaria revolucion de sucesos, que unos despues de otros despiertan en el corazon de sus secuaces las mas violentas y mas funestas pasiones, los rencores crueles, las indiferencias odiosas, los temores amargos, los zelos que consumen, y los pesares que molestan. El mundo es una tierra de maldicion, en la que aun los mismos deleytes están llenos de espinas y amargura. El juego causa con sus furiosos é inconstancias; las conversaciones molestan con la oposicion de genios y contrariedad de opiniones; las pasiones é inclinaciones pecaminosas tienen sus disgustos, sus contratiempos, y sus ruidos desagradables; los espectáculos, no siendo por lo comun los asistentes mas que unas al-

(a) *Psalm. 138. v. 14.*

mas torpemente disolutas, é incapaces de conmov^{se} sino con los mas horribles excesos del desorden, fastidian, y solo mueven aquellas pasiones delicadas, que no hacen mas que manifestar de lejos el delito, y poner lazos á la inocencia. Finalmente, es el mundo un lugar, en donde aun la misma esperanza, que se mira como una pasion tan alhagüena, hace á todos los hombres desgraciados; en donde aun los que nada esperan se tienen por mas infelices; donde aun lo que agrada nunca agrada mucho tiempo; y donde el enfado es casi siempre el destino mas suave, y soportable que de él puede esperarse. Este es el mundo, Católicos, y advertid que no hablo del mundo obscuro, que no conoce ni los grandes deleytes, ni los encantos de la prosperidad, del favor, y de la opulencia; hablo del mundo brillante, del mundo de la Corte; hablo con vosotros mismos que me escuchais, Católicos. Este es el mundo; y no creais que esta es una de aquellas pinturas imaginarias, cuyo original en ninguna parte se encuentra; yo pinto al mundo por vuestro corazon; esto es, le pinto del mismo modo que vosotros le conoceis, y le experimentais todos los dias.

No obstante, este es el lugar en que todos los pecadores buscan su felicidad: esta es su patria; aqui es donde quisieran eternizarse; este es el mundo que prefieren á los bienes eternos, y á todas las promesas de la Fé. ¡Oh gran Dios! qué justo sois quando castigais al hombre con sus propias pasiones, permitiendo que ya que no quiere buscar su felicidad en vos, que sois solo la verdadera paz de su corazon, se forme una felicidad fantástica de sus temores, de sus disgustos, de sus molestias, y de sus crueles inquietudes.

Pero lo que mas favorece en esto á la virtud, Católicos, es, que este mismo mundo tan molesto, y tan insufrible para los pecadores que buscan en él su felicidad, es un motivo de reflexiones que consuelan á

1.^o Justos que le miran como destierro y país extraño.

Porque, primeramente, la inconstancia del mundo, tan terrible para los que están entregados á él, ofrece al alma fiel mil motivos de consuelo. Nada la parece constante ni durable en la tierra; ni las mas altas fortunas, ni las mas estrechas amistades, ni la mas brillante fama, ni los mas deseados favores. Vé una soberana Sabiduría, que parece se divierte en burlarse de los hombres, levantando á unos sobre las ruinas de otros: degradando á los que estaban en lo alto de la rueda, para colocar allí á los que estaban abatidos, pasando la felicidad de todos en un instante, presentando todos los dias nuevos heroes en el teatro, y haciendo que se oscurezcan los que el día antes hacian un papel sobresaliente, ofreciendo siempre nuevas scenas al mundo. Vé á los hombres que pasan toda su vida en agitaciones, proyectos y medidas, cuidando siempre, ó de engañar, ó de no ser engañados; siempre hábiles y prontos para aprovecharse del retiro, de la desgracia, ó de la muerte de sus competidores; y en formar de estas grandes lecciones, que debian servirles para despreciar el mundo, nuevos motivos de ambicion y codicia; ocupados siempre, ó en sus temores, ó en sus esperanzas; siempre inquietos, ó con lo presente, ó con lo que está por venir; nunca tranquilos, trabajando todos por el descanso, y siempre apartandose mas de él.

¡Oh hombre! ¿Por qué discurre tanto para ser infeliz? Esto es lo que entonces piensa una alma fiel. La felicidad que ésta busca es menos costosa. No es necesario, ni atravesar mares, ni conquistar Reynos; sin salir de sí misma halla su felicidad.

¡Oh Católicos! ¿Qué suaves le parecen á un hombre virtuoso las amarguras de la virtud, quando las compara con los crueles pesares, y eternas inquietudes de los pecadores! ¿Qué contento está con haber hallado un lugar de reposo y seguridad, mientras que vé

á los amadores del mundo tristemente agitados con la violencia de las pasiones, y de las esperanzas humanas! De este modo los Israelitas, despues que salieron del Mar Rojo, viendo de lejos á Pharaon y á todos los Grandes de Egypto, hechos juguete de las olas, gustaban el deleyte de su seguridad: tenian por suaves y agradables los caminos del Desierto; no sentian su molestia; y comparando su suerte con la de los Egypcios, lejos de quejarse y murmurar, cantaban con Moysés aquel cántico de alabanza y accion de gracias, en que con tanta magnificencia se celebran las misericordias y maravillas del Señor.

En segundo lugar. La injusticia del mundo, tan cruel para los que le aman, quando se vén olvidados, despreciados y sacrificados á indignos competidores, es un principio fecundo de reflexiones de consuelo para un alma que le desprecia, y que solo teme al Señor. Porque ¿qué consuelo ha de tener un pecador, que despues de haber sacrificado al mundo y á sus Señores su reposo, su conciencia, sus bienes, su mocedad, y su salud, sin haber tenido mas recompensa que desprecios, fatigas, abatimientos, y frívolas esperanzas, vé que de repente se le cierran las puertas de la elevacion y de la fortuna, y que le quitan de entre las manos los puestos que habia merecido, y de los que ya se juzgaba en posesion? amenazado, si se queja, de perder los que posee; obligado á doblar la rodilla delante de sus rivales, mas felices que él, y á vivir dependiente de aquellos á quienes antes aun no los tenia por dignos de que le sirviesen? ¿se retirará del mundo para vengarse, murmurando eternamente de la injusticia de los hombres? ¿Pero qué ha de hacer en su retiro, sino dar mas lugar á sus pesares, y menos diversion á sus penas? ¿se consolará acaso con el exemplo de sus semejantes? No por cierto, porque quando nosotros miramos nuestras desgracias, nunca creemos que se parecen á las de otros. Además de que, ¿qué

consuelo puede haber en ver renovarse sus penas, segun vá descubriendo la imagen y la memoria de ellas en las de los demás?

¿Podrá confiar en una vana filosofia, y en las luces de su entendimiento? No; porque la razon, quando la dexan sola, presto se cansa; el que es Filosofo para el público, para sí mismo siempre es hombre: ¿Recurrirá á entregarse todo á los placeres é infames sensualidades? No; porque el corazon que varía en las pasiones, solo muda de tormento. ¿Podrá esperar que hallará en la inaccion la dicha que no encontró en sus vivas y eficaces pretensiones? No; porque una conciencia delinquente, aunque pueda conseguir la indiferencia, no consigue la tranquilidad; bien podrá el hombre no sentir sus desgracias é infortunios; pero siempre sentirá sus infidelidades y sus culpas; el pecador desgraciado, Católico, no tiene recurso: todo falta á una alma mundana quando la llegó á faltar el mundo.

Pero el Justo, en el mismo desprecio que de él hace el mundo, aprende á despreciarle: la injusticia de los hombres le sirve solamente para acordarse de que sirve á un Señor mas justo, que no se apasiona, ni se dexa engañar; que solo vé en nosotros lo que en la realidad hay; que para decidir de nuestra suerte se gobierna por nuestros corazones; y que para con él no debemos temer mas que á nuestra propia conciencia; y que así es felicidad el servirle; que no hay que recelar de su ingratitude, pues está escrito quanto se hace por él; que en vez de no hacer caso, ó de olvidarse de nuestros trabajos y servicios, cuenta hasta nuestros deseos; y que con él solo se pierde lo que se dexa de hacer por agradecerle.

¿Qué motivos de consuelo no halla una alma fiel en estas luces de la Fé! ¿Qué poco la mueve el mundo, sus reveses, ni sus malos tratamientos quando le contempla de este modo! Entonces arrojandose en el seno de su Dios, y mirando con ojos christianos la na-

da y vanidad de las cosas humanas, siente mudarse en ella repentinamente aquellas inquietudes inseparables de la naturaleza en una suave paz: vé un rayo de luz que alumbra su alma, y restablece en ella la tranquilidad; un dardo de consuelo que penetra su corazon, y dulcifica en él toda la amargura. ¡Ah Católicos, y qué felicidad es servir á solo aquel Señor que puede hacer felices á todos los que le sirven! ¡Oh dichosa condicion de la virtud, y qué mal que te conocen los hombres! ¿En qué consiste que te tengan por suerte desagradable y triste, quando sola tú puedes consolar á los infelices, que están en este destierro, y suavizar todas sus penas?

Finalmente; los juicios del mundo, que para los mundanos son motivos de tantos pesares, acaban tambien de consolar al alma fiel: porque es un suplicio para los amadores del mundo el estar siempre expuestos á sus juicios; esto es, á la censura, á la befa, y á la malicia de todos. Por mas que uno desprecie á los hombres, siempre quiere ser estimado de los mismos que desprecia. Por mas elevado que uno se halle sobre los demás, la elevacion le expone mas á la vista y á las conversaciones de la multitud, y aun se sienten mas vivamente las censuras de aquellos de quienes no se debian esperar sino respetos. Por mas que se goce de los públicos aplausos, los desprecios son tanto mas sensibles, quanto son menos comunes y mas raros; por mas que uno se venga de estas censuras con otras mas vivas y mordaces, la venganza siempre supone el resentimiento y el dolor; y por otra parte es mucho menos el gusto que se experimenta en despreciar, que el pesar que se recibió en ser despreciado. Finalmente, desde que vivís solo para el mundo, y que vuestros deleytes ó pesares dependen solamente de él, no podeis mirar con indiferencia sus juicios.

No obstante, entre estas contradicciones se ha de buscar la alegría. Os disputan todo lo que ó la verdad ó la vanidad os atribuye, vuestros talentos, vuestros

tro nacimiento, vuestra reputacion, vuestros servicios, vuestros aciertos, vuestra prudencia, vuestro honor; si quereis hacer valer vuestra nobleza, se la disputan á vuestros antepasados; si vivís en el olvido, echan la culpa á vuestra poca habilidad; si salís bien con vuestras empresas, se atribuye, ó á la casualidad, ó al merito de vuestros subalternos; si gozais de la estimacion del público, apelan de su error al juicio de los mas prudentes; si sabeis agradar, dicen al instante que habeis sabido aprovecharos bien de vuestro talento; si vuestra conducta es extraordinaria, luego satirizan vuestro genio. Finalmente, seais el que fuereis, grande, pequeño, Príncipe ó vasallo, el estado mas feliz que podeis desear para complacer vuestra vanidad, es ignorar el juicio que de vosotros hace el mundo. Las mismas pasiones con que estamos unidos nos desunen; la envidia obscurece aun nuestras mas nobles circunstancias; y son censores de nuestros placeres aun aquellos mismos que los imitan.

Pero una alma fiel está libre de todas estas inquietudes. Como no desea la estimacion de los hombres, tampoco teme sus desprecios; como no tiene por fin el agradarlos, tampoco estraña no haberles dado gusto. Dios solo, que es quien vé su corazon, es el unico Juez á quien teme; y el que al mismo tiempo la consuela en los juicios que de ella hacen los hombres. Su gloria es el testimonio de su conciencia; busca su fama en el cumplimiento de su obligacion; mira los aplausos del mundo como escollo de la virtud, ó como recompensa del vicio; y sin atender á sus juicios, se contenta con darle buen exemplo. ¡Pero qué es lo que digo, Católicos! Aun el mismo mundo, estando como está tan lleno de desprecios, de censuras y de malicia para con aquellos que le adoran, se vé obligado á venerar la virtud de los que le desprecian y aborrecen; él mismo parece que imprime en la persona de un verdadero Justo, no sé qué dignidad, no sé qué cosa divina, que se grangea la veneracion,

cion, y casi el culto de las almas mundanas; parece que su íntima union con Jesu Christo hace que brille en él, como antiguamente en los tres Discipulos que estaban en el santo Monte, una parte de aquel celestial resplandor, que derramó el Eterno Padre sobre su Hijo querido, y que no dexa libertad para no respetarlos; este es un derecho inseparable que tiene la virtud sobre los corazones de los hombres; y el mundo, siempre inconsiguiente, desprecia las mismas pasiones que inspira, y venera la virtud que contradice. No quiero decir que la estimacion del mundo, tan digna de ser despreciada, sea de gran consuelo para el alma fiel; pero la consuela el vér que el mundo se condena á sí mismo; que declaman contra los placeres los mismos que los buscan; que los pecadores son los apologistas de la virtud; y que la vida del mundo se pasa tristemente, haciendo lo mismo que él condena, y huyendo de lo que aprueba.

De este modo el mismo mundo es motivo de consuelo para una alma christiana: pero aun mas: si piensa en lo por venir, halla en esta reflexion muchos consuelos, que para el pecador no son mas que continuos y secretos sobresaltos; y esta es la ultima utilidad que sacan los Justos de las luces de la Fé. Mantienense y se consuelan con la magnificencia de sus promesas; esperan la bienaventurada Esperanza, y aquel feliz instante en que serán agregados á la Iglesia del cielo, reunidos á los hermanos que perdieron en la tierra, recibidos por ciudadanos eternos de la Jerusalem celestial, incorporados en la Congregacion inmortal de los escogidos de Dios, en donde la Caridad será la ley que los una, la verdad, la luz que los ilumine, y la eternidad la medida que pondrá fin á su dicha.

Estas reflexiones son de tanto mayor consuelo para los Justos, quanto están mas fundadas sobre la verdad del mismo Dios. Saben que sacrificando todo lo presente, nada sacrifican; que todo pasa en un instante;